

Universidad de Medellín

Comprensión lectora y expresión escrita

Fredrik Sörstad

Medellín: Universidad de Medellín

2016



Por

Daniel Castaño Zapata¹

Claudia Arcila Rojas²

Departamento de Ciencias Sociales
y Humanas

Universidad de Medellín

¹ Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani/ Universidad de Buenos Aires, Argentina. Profesor de tiempo completo Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín. Correo electrónico: dcastano@udem.edu.co

² Doctora en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana y candidata a posdoctorado en Pensamiento y Cultura en América Latina de IPECAL. Profesora de tiempo completo del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín. Correo electrónico: carcila@udem.edu.co

Cuando nos enfrentamos a un texto acontecemos en una especie de sumergimiento a las fuentes del lenguaje; nos encontramos ante el gesto de un autor que logra hacer de su deseo un paisaje de sentidos donde leemos siendo caminantes en la geografía de la belleza y el rigor, compartiendo sus dominios (Heidegger, 1972). Leemos, entonces, sintiéndonos en diálogo con la vitalidad de las palabras que responden al deseo de quien se dona a través de la escritura; leemos en el movimiento lingüístico que se convierte en baile, en fuerza dionisiaca liberando el juego y el fuego de una obra creadora.

Ante esta premisa, es el deseo enardecido del autor el que se pone en juego con las palabras; es el rostro del autor hecho gesto y expresión de significación en lo que escribe, en lo que propone y en lo que posibilita. Por ello, el *Manual de comprensión lectora y expresión escrita*, del profesor Federico Sörstad, es la materialización de su voluntad vital recorriendo los juegos del lenguaje en una obra que se expone en cuidadosa estructura temática y en propositivo horizonte de aprendizaje; es una obra del pensamiento en vínculo artesanal de significados, imágenes y rutas para acercarnos al lenguaje en intención de comprensión y actuación pedagógica.

Su apuesta por trenzar la teoría y la práctica deja ver el espíritu nietzscheano del niño en su despliegue de olvido, pregunta y asombro; de dinamismo estético que hace propios los planos de la belleza para poder caminar sobre los territorios de la verdad en su tenacidad de compromiso con la explicación, con el hecho, con el fenómeno, con la circunstancia, con la experiencia que nos acontece en tanto cuerpo en sensibilidad de emociones y en sensorialidad de pensamiento, es decir, en tanto yoidad integral de formación y deconstrucción permanente:

[...] el lugar de la experiencia soy yo. Es en mi (o en mis palabras, o en mis ideas, o en mis representaciones, o en mis sentimientos, o en mis proyectos, o en mis intenciones, o en mi saber, o en mi poder, o en mi voluntad) donde se da la experiencia, donde la experiencia tiene lugar (Larrosa, 2006, p. 45).

En esta perspectiva, dejarnos afectar por el texto es permitirnos la descolocación y la descolonización de los imperativos de la sensación y la certeza, en los cuales han estado instalados nuestros cuerpos de la enseñanza y el aprendizaje; imperativos de la asepsia semántica que restringen la emoción en una pretendida objetividad que jamás sería posible si no hay un acercamiento sensible a lo que intenta describirse y apropiarse. La apropiación implica ser sentida para poder ser transmitida. El autor no habría podido transmitirnos su vitalidad, su deseo, su voluntad hecha obra en la escritura, si no estuviera atravesado por lo que comunica; si no estuviera convencido de su compromiso como maestro en diálogo con las voces que se citan en el aula para propiciar y celebrar los encuentros del conocimiento.

Ante estas aperturas que permite el texto, los actos de la lectura y la escritura comportan una mirada en expansión de sentidos; también comportan una nueva concepción de la enseñanza, y convocan nuevas posibilidades del aprendizaje. Leer para comprender lo que se está comunicando, para debatirnos y problematizarnos; para establecer correspondencias y contrastes que no agotan la lectura en un episodio evaluativo, sino que, por el contrario, se hacen fértiles y caudalosas sus imágenes, sus ideas y silencios; se hace fuerte la construcción de sentido en ese sumergimiento que rompe la serenidad de la superficie para atravesar las turbulencias de la profundidad y emerger, entre el oleaje de sus significados, a la creación de un nuevo sentido, aquel que se hace experiencia.

Por esta experiencia, leer es atreverse a ir más allá del telón que se mueve para contemplar la escena; es participar de la escena hasta hacerse parte del guion del lenguaje; de la actuación consciente y comprometida con lo que significa su enseñanza. Leer es también escribir en esa experiencia de compartir con el otro lo que se sabe, lo que se piensa, lo que se aspira. Leer en disposición de dialogar desde el riesgo de la pregunta; leer y entregar sin pretensiones lo que la pregunta permite construir como respuesta.

Y esta es la dialéctica que nos inmiscuye en el texto, este es el gesto del autor que, como maestro, adopta una responsabilidad institucional en el campo de la enseñanza del lenguaje en posgrado. Un gesto que concentra la intención de hacer posible la lectura y la escritura en términos formativos, visualizando la academia como el escenario privilegiado para la construcción de nuevas alternativas, de nuevas concepciones y vivencias con la palabra; de nuevas vías para pensar y reinventar lo humano; del nuevo aliento con los procesos educativos que reclaman atención en la pregunta por ¿cómo enseñar procesos de lectura y escritura que nos involucren como sujetos en permanente proceso de indagación y pulimiento? ¿Cómo enseñar sintiéndonos maestros en apertura de aprendizaje? ¿Cómo aprender, entonces, mientras enseñamos? En estas pesquisas no solo es innegable el lugar ético y epistémico que nos sostiene como maestros de lectura y escritura, sino el compromiso político y estético que nos exige el hecho de asumir el conocimiento en su causa emancipatoria, y en tal dimensión, en la reflexión democrática en una sociedad que nos pone ante el categórico del consumo, y por ende, ante la lectura de una realidad que amenaza con clausurar el sentido de la diferencia.

Hacer parte de las textualidades publicitarias que nos estandarizan en los imaginarios de producción significa plegarnos a los códigos de la mercantilización que en nada aluden al hecho de pensar lo humano en clave de resignificar la vida dentro de una sociedad más justa, digna y libre.

En tal horizonte, *Comprensión lectora y expresión escrita* nos ofrece una iniciativa para trascender las caricaturizaciones lingüísticas con las cuales se ha pretendido impregnar los procesos formativos en aras de hacerlos parte de un contexto inmediatista del espectáculo y la enajenación. Hacernos conscientes de los procesos de lectura y escritura equivale a cuestionar los discursos que insisten en desdibujar la pregunta porque al parecer ya todo está resuelto; discursos que minimizan el gozo y limitan la creatividad para condenar el espíritu libre, propositivo y lúdico con el cual los seres humanos nos sentimos expuestos y dispuestos a la experiencia de una sociedad pluralista, integrada por múltiples voces.

Por todo lo anterior, *Comprensión lectora y expresión escrita* viene a responder a tres necesidades: primero una necesidad vital (del autor); segundo una necesidad institucional (del campo de la enseñanza en posgrado), y tercero, una necesidad política (de la sociedad y la democracia):

Primero, una necesidad vital: hay un texto de Deleuze sobre la literatura y la vida en el que dice algo así como que él no lee libros que, para sus autores, no haya sido absolutamente necesario escribir. Serían los casos de Kafka o de Dostoievski, por ejemplo. No aludimos con esto a que el autor vive gracias al texto que nos ofrece, pero sí sugerimos algo cercano.

Un elemento notorio del texto es que revela el nivel de compromiso y rigurosidad del autor con un área específica del conocimiento. Ese nivel de entrega, para que sea sincero –y estamos convencidos de que en este caso lo es– debe estar atravesado por el deseo. Debe estar libidinizado, y en este sentido, el autor necesitaba este manual tanto como el manual a él; el texto en cuestión refleja el placer de su escritura; el cuidado y la precisión del lenguaje usado dan cuenta de ello. Esto puede pasar desapercibido para nosotros como lectores, pero si alguien quiere hacer un ejercicio de mensura se sorprenderá con lo cuidadoso que ha sido el autor en el tratamiento de lo que allí nos presenta. La medida de las unidades, la elección de los textos con que ejemplifica: medidos según su pertinencia, extensión y actualidad, la preocupación por incluir elementos que agilicen la lectura son componentes que revelan las preocupaciones pedagógicas de quien lo escribió.

Esto nos permite pasar a otro tema: este manual suple una necesidad institucional, y decimos institucional en el sentido fuerte, claro que inscrito en el universo de la Universidad de Medellín, pero fundamentalmente, en el campo de la enseñanza en posgrado, y puede ser usado como material de estudio tanto en nuestra universidad como en otras casas de estudio.

Creemos que solo los que circulamos por la enseñanza y el aprendizaje de cursos de posgrado tenemos clara la respuesta a una pregunta incómoda

¿pero cómo, los estudiantes de posgrado todavía deben aprender a escribir? Por supuesto que esa pregunta está hecha con alguna mala intención; eso de “aprender a escribir”, por lo básico, suena peyorativo. Pero salvando esa segunda interpretación (básica) y sabiendo que hablamos de escribir en términos académicos, la respuesta a la pregunta es: efectivamente, (que nos perdone la estadística por la generalización), los estudiantes de posgrado todavía tienen mucho que aprender sobre cómo escribir.

Esto se relativiza si a continuación decimos: sí, pero ¿quién no tiene mucho que aprender sobre cómo escribir? Y claramente la idea de la alfabetización como un proceso continuo dirá que nadie nunca sabe lo suficiente de algo.

Pero eso es trivializar todo esfuerzo por enseñar a escribir: afirmamos que este manual viene a cubrir una necesidad institucional porque una cosa es perfeccionar la escritura, pero otra es aprender a transmitir un mensaje en términos académicos. Lo primero es un lujo, lo segundo una necesidad. Necesitamos que nuestros estudiantes de posgrado escriban textos académicos de alto nivel. Y en el campo de la escritura académica: no nos animamos a decir qué porcentaje corresponde a qué, pero sí nos animamos a decir que la relación entre contenido y forma está en balance muy cercano al 50 / 50.

¿Por qué decimos esto? Porque podría pensarse que *Comprensión lectora y expresión escrita* es útil solo para el campo de las ciencias sociales y humanas (en tanto reinas –para el sentido común– de la especulación y la palabra), pero nada más lejano: quién puede decirnos que las ciencias básicas no requieren de procesos argumentativos, del aprendizaje de la progresión argumental para la demostración de una hipótesis. Ni qué decir de la ciencia jurídica, la económica, en fin. Hablamos de producir conocimiento en cada disciplina con las herramientas que nos da saber leer y saber escribir. Reiteramos, no como descodificación de grafemas, sino como sujetos implicados en la construcción del conocimiento.

En este sentido conocemos el manual ¡y funciona! Lo hemos usado con estudiantes, gracias a copias domésticas compartidas por el autor, preparamos clases con base en las partes teóricas del manual y aplicamos algunos de los ejercicios con muy buena recepción. Para eso sirve este manual. Para enseñar y para aprender a escribir académicamente.

Esto nos lleva a una última cuestión: este manual responde a una necesidad política. En tiempos de banalización de la democracia, en los que ya no se distingue la distancia entre decidir y mandar un *sms* para responder a la urna virtual del noticiero que pregunta si “en el caso de la correspondencia de JP II había intenciones sexuales”, o si hoy debe irse tal o cual integrante del *reality* de turno, enseñar a escribir académicamente es una actividad política. Implica

construir voces que puedan hablar en términos argumentativos, que exploren diferentes posturas teóricas, que busquen evidencias empíricas, que las sustenten, que desarrollen a partir de ello una posición propia. Que puedan decir: “esta posición que hoy sostengo es un resultado de la reflexión a la luz de la evidencia y de la teoría”. Y que puedan hacerlo con calidad, respondiendo a los estándares formales del mundo académico actual. Es decir, que puedan hacerlo como legítimos interlocutores de sus pares académicos.

Porque dar voz no es solo permitir hablar, es también ayudar a construir el mensaje que se quiere emitir. Y esta es una dimensión política del enseñar a leer y a escribir en la universidad.

Por otra parte el manual quedó muy lindo. Bien impreso y encuadernado. Como objeto es bello, pero como herramienta lo es aún más.

Referencias bibliográficas

Heidegger, M. (1972). *Qué significa pensar*. Buenos Aires: Ed. Nova.

Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Aloma*, N°. 19, pp. 87-112.